

"BOSQUEJO HISTORICO DE LOS PARTIDOS POLITICOS CHILENOS"

por ALBERTO EDWARDS

7-XII-36

Dos obras de don Alberto Edwards se han vuelto a editar, casi simultáneamente, en estos días. Son dos libros históricos que, en cierto sentido, se completan entre sí. Ambos responden, además, a las ideas que el escritor defendió siempre.

El primero, "La Fronda aristocrática en Chile" es, en realidad, una historia política de nuestro país y un balance del debe y haber de la aristocracia chilena, como elemento de organización o desorden en los destinos nacionales. Este libro, escrito y publicado durante la administración Ibáñez, fué recibido con cierto recelo. Tal vez no tuvo, en aquellos días, toda la resonancia a que era y es acreedor. Se creyó ver, en sus capítulos finales, cierta justificación del gobierno dictatorial y hasta se dijo que el señor Edwards había realizado su obra con aquel exclusivo objeto. Era un cargo injusto, explicable por las pasiones del momento. Estrechamente ligado al régimen ibañista, se puso en duda su independencia de escritor y la perspectiva histórica con que se enfoca, en aquellas páginas, la vida de la República.

El segundo, "Bosquejo Histórico de los Partidos Políticos Chilenos", data de 1903. Tiene, pues, más de treinta años de existencia, y no era fácil encontrar siquiera un ejemplar en las librerías de viejo. Por nuestra parte, escuchábamos constantes e incitadoras referencias a esta obra, que sólo ahora nos ha sido grato leer. Sus páginas no han envejecido y conservan, sin duda, el sentido de la actualidad. El fenómeno que en ellas se estudia, tuvo más tarde su desenlace: cambió el régimen de gobierno. Desde entonces hasta hoy, ha corrido mucha agua bajo los puentes y seguirá corriendo. Pero, por esos movimientos giratorios que son frecuentes en el destino de los pueblos, el mismo o parecido panorama que se ofrecía al observador de 1903, se presenta también al observador de 1936. Ayer imperaba el régimen parlamentario, cuya anarquía ya había comenzado. Hoy día, practicamos el régimen presidencial, que lentamente va arraigándose en las costumbres ciudadanas. Sin embargo, ayer y hoy, la anarquía de los partidos no es menos visible ni menos dolorosa.

El señor Edwards no tan sólo percibe y juzga las características propias de la época en que escribe. Historiador al fin, mira hacia el pasado y presente el porvenir. Estudia, en los tiemposidos, el nacimiento y la evolución de los partidos históricos, e insinúa, en los días que vendrán, las posibles y nada tranquilizadoras transformaciones. Citemos un ejemplo clarísimo. Habla del radicalismo y sus propósitos de lucha y dice el historiador que la "tendencia socia-

lista, hábilmente comprimida hasta hoy por el eminente estadista don Enrique Mac Iver, domina más y más, sin embargo, en la masa del Partido Radical y constituye un serio peligro para el porvenir". Proféticas palabras, que han resistido victoriosamente la prueba de la experiencia.

Dos grandes corrientes de opinión — pipiclos y pelucones, primero, liberales y conservadores, más tarde — retienen casi toda la atención del filósofo político. A través de sus reflexiones, expuestas sin pasión y con admirable buen sentido, vemos que no siempre dominan los grandes principios en los movimientos de las agrupaciones partidarias y que su evolución se modifica de acuerdo con las circunstancias de cada época. Sobre el doctrinamiento se impone la realidad. Organismos vivos, humanos si se quiere, los partidos políticos participan de las contingencias inherentes a las cosas humanas. El señor Edwards lo comprende perfectamente; pero desde el fondo de sus luminosos raciocinios, surge como una protesta contra los doctrinarios que ceden y las fuerzas anárquicas que avanzan. Su credo es definido y constante. Admira el viejo orden conservador, y sólo concibe el progreso de la República dentro de aquel orden.

El orden conservador representa, para el señor Edwards, el predominio del principio de autoridad, y el gobierno de una élite, que dirija verdaderamente todas las actividades nacionales y les imponga cierto rumbo integral. No era el historiador partidario de los mitos democráticos. "Las doctrinas — escribe — sobre equilibrio de poderes, sobre organización política y social, no son ni pueden ser objeto de predilecciones o antipatías en la masa común de las democracias, que no entienden ni pueden apasionarse por estas materias demasiado áridas y complejas. El tener opiniones sobre ellas es un privilegio de los más cultos". Y agrega, más adelante, para confirmar su juicio: "El sentimiento y no la doctrina, la facultad agresiva y no la facultad razonadora, ta-

les son los resortes de la popularidad en el sistema democrático". En suma, detesta el señor Edwards a los partidos que buscan el aplauso fácil de las muchedumbres, y de ahí su condenación a los liberales enemigos del Decenio. Su admiración por don Manuel Montt y su obra de gobernante, le ha inspirado un breve y hermoso retrato del continuador de Portales en nuestra historia:

"Desde fines de la administración Prieto comenzó a figurar en la escena política un joven modesto, que sin tener consigo las ventajas que dan las riquezas, la posición o el brillo de las espadas triunfadoras, y ajeno también a los halagos de una popularidad fácil, se había conquistado, no obstante, un inmenso prestigio en el seno del Partido Conservador. Ese joven, ilustre más tarde en la historia de Chile, se llamaba don Manuel Montt". "Frio, severo, doctrinario, respetuoso de las formas legales y convencido e inquebrantable defensor del sistema autoritario creado por Portales y mantenido por la dominación de los pelucones, el señor Montt había llegado a ser en cierto modo la personificación de ese régimen de gobierno. Por otra parte, si estas cualidades podían enajenarle las simpatías del liberalismo naciente, tenía otras que le granjearon el apoyo de hombres para quienes el adelanto de la República debía esperarse más de la paulatina ilustración del pueblo que de la aplicación inmediata de sistemas especulativos para los cuales el país no se hallaba preparado".

Esta cita nos permite decir algunas palabras sobre el estilo del señor Edwards y sus procedimientos de historiador. Es la suya una prosa sencilla y elegante, casi diríamos sólida, porque concuerda con la solidez de los conceptos e ideas a que da forma expresiva. Luego, el historiador posee esa envidiable virtud de la síntesis: en armoniosos y bien meditados cuadros evoca las épocas, los hombres y las cosas que va estudiando. Su visión es muy exacta. Sabe ver en el pasado y en el presente, y sabe, principalmente, reflexionar con una ponderación y un equilibrio que no son comunes a nuestros historiadores. En sus páginas, las sombras de ayer se iluminan y el relato histórico es lo que debe ser: una obra de arte.

Cuando don Alberto Edwards publicó su libro, el régimen democrático no había sufrido, entre nosotros, los bruscos cambios que más tarde conoció. En el mundo entero, las ideas democráticas ignoraban también esas violentas sacudidas que la gran guerra provocaría más tarde. Ahora, en nuestros días, desde los dos extremos, la democracia

recibe duros golpes y muchos son los espíritus que reaccionan contra "los inmortales principios". Junto con el auge de las ideas revolucionarias en la masa, advierte una reacción salvadora en los hombres de pensamiento y de estudio, en los intelectuales verdaderos. Ya el tiempo, gran y seguro rectificador, le está dando la razón al señor Edwards. Es el mérito "actual" de esta obra que podríamos considerar una obra clásica.

M. V.